

Otro golfo

XAVIER BATALLA

LA VANGUARDIA, 14.06.09

Después del canto del cisne del imperialismo británico, Estados Unidos, Unión Soviética, Arabia Saudí, Iraq e Irán conformaron en el golfo Pérsico un equilibrio de poder que se ha mantenido durante decenios. La primera amenaza de cambio procedió de la guerra entre Irán e Iraq (1980-1988), pero esta acabó en tablas y con graves pérdidas por ambas partes, por lo que no alteró el equilibrio. Ahora, sí ha cambiado. El derrocamiento del régimen de Sadam Husein ha modificado radicalmente la relación de fuerzas en el golfo Pérsico.

Antes de la invasión estadounidense de Iraq, en marzo del 2003, el poder del régimen teocrático de Teherán ya había crecido. Irán había puesto en marcha su controvertido programa nuclear, era el país más populoso de la región, tenía misiles y su brazo llegaba hasta el sur de Líbano, donde patrocinaba a Hizbulah, y los territorios palestinos ocupados, en los que apoyaba a Hamas. En este contexto, la determinación de la administración Bush de defenestrar a Sadam Husein no hizo más que aumentar el poder iraní. Y ahora, la Administración Obama se pregunta qué puede hacer.

Los movimientos equilibristas estadounidenses comenzaron en 1953, cuando un golpe patrocinado por Washington y Londres derrocó al primer ministro Mohamed Mosadeq, quien pretendía nacionalizar el petróleo, y restauró en el trono al sha, que a partir de entonces fue un aliado fiel. Pero Estados Unidos también se movió en Iraq, primero en apoyo del partido Baas, que en 1963 eliminó al Partido Comunista, y

después en 1968, cuando ayudó a los baasistas a descabalgarse del poder a los nacionalistas partidarios del presidente egipcio Gamal Abdel Nasser.

En la década de 1980, después de que Jomeini derrocará al sha y de que el Iraq baasista hubiera firmado un acuerdo de cooperación con la Unión Soviética, a Washington se le planteó el dilema de tener que elegir entre un Iraq prosoviético y un Irán antiamericano. Finalmente, optó por lo que consideró el mal menor y apoyó a Iraq en su guerra contra Irán. El statu quo se mantuvo, pero no por mucho tiempo. En agosto de 1990, Sadam invadió por su cuenta Kuwait, lo que amenazó con desequilibrarlo todo. Pero las aguas volvieron a su cauce cuando una coalición dirigida por Washington lo expulsó del emirato.

Todo empezó a cambiar con la invasión de Iraq en el 2003. Los neoconservadores prometieron entonces un final feliz. Una vez derrocado Sadam, dijeron, los iraquíes, entusiasmados, se harán demócratas; los sirios se contagiarán, y el régimen teocrático iraní caerá por su propio peso o con un leve empujón. Seis años después, el régimen iraní es aún más poderoso. Por eso Obama le ha tendido la mano y en Occidente han levantado tantas expectativas las elecciones presidenciales iraníes. Entre irregularidades y confrontaciones, Ahmadineyad ha sido reelegido, lo que no debe impedir que se intente el diálogo. Después de todo, si hubiera ganado Musavi, que es un miembro reformista del régimen, Irán seguiría siendo la gran potencia del Pérsico.